

1

¡DESCANSO, SOLDADO!

Garrett

—Mierda. Te lo dije.

Me río y extendiendo la mano, doblando los dedos hacia la palma de la mano tres veces, el símbolo internacional de «paga ya, amigo».

Adam Lockwood, uno de mis mejores amigos y compañero de equipo, inclina la cabeza hacia atrás con un gruñido, como si no pudiera creer lo que está sucediendo. Yo tampoco puedo creer que esto esté pasando. Para ser claro, lo increíble era que Adam hubiera tenido fe en el novio.

Se pone de pie, busca su billetera en el bolsillo trasero y luego se deja caer de nuevo en el asiento, refunfuñando mientras cuenta un fajo de billetes. Me pone un billete de cien dólares en la mano y luego otro en la de Emmett.

Adam dirige su mirada hacia Carter, el capitán del equipo, el novio, un tipo que en este momento no tiene ni idea de qué decir frente a doscientas personas.

Acaba de revelar accidentalmente que su flamante esposa está embarazada.

—Tenía fe en ti, Carter —se queja Adam. Pretende esconderse tapándose la cara con las manos cuando Cara y Jennie se suman haciendo gestos con las manos para reclamar su parte de las ganancias—. ¡Oh, vamos!

Adam es un gran tipo. El mejor tipo que conozco, de verdad. Tiene una fe infinita en todo el mundo. En ocasiones, su fe delata... exceso de confianza en quien no debería. Como ahora.

Porque Carter Beckett es bueno para dos cosas: jugar al hockey y amar a su esposa, Olivia. Pero guardar secretos no es lo suyo.

—También tengo que pagarle a Olivia —murmura Adam—. Incluso ella apostó a que Carter metería la pata. ¿Soy el único que creyó en él?

Se escucha un «sí» colectivo de toda la mesa y Adam se cubre la cara con las manos. Justo entonces, Holly, la madre de Carter y Jennie, le pone la mano en el hombro, y me parece que mi amigo está a punto de echarse a llorar.

—Acabo de perder seiscientos dólares en dos minutos porque ese tipo no ha podido mantener la boca cerrada durante una maldita noche.

Holly se guarda sus ganancias.

—Amo a mi hijo, pero a Carter le gusta la atención y no tiene ningún filtro. Lo heredó de su padre. No culparía a Olivia si esta noche tiene que dormir en el sofá.

Como si fuera una señal, la joven novia pasa caminando, furiosa, seguida de cerca por Carter.

—Y esta noche, de esto nada de nada —le espeta Olivia, haciendo una pausa para señalar con una mano la mitad de su cuerpo de la cintura para abajo—. Nada, ¿me oyes?

Carter corre tras ella, jadeando con la boca entreabierta.

—¡Ollie! ¡Ha sido un accidente! ¡No puedes cortarme el acceso! ¡Eso no!

—Sabía que esta iba a ser la boda más entretenida de la historia. —Robo el trozo de pastel de chocolate que Adam aún no ha terminado

y me lo meto en la boca. Hay galletas Oreo trituradas en el relleno cremoso de chocolate. Está increíblemente rico—. Caw-ter e Ow-wie podluían tenehr su plopío plograma de televisión.

—¿Sabes qué ayudaría un montón? —Las cejas perfectamente delineadas de Jennie se alzan mientras dirige una mirada acusadora hacia mi boca—. Por Dios, traga antes de hablar.

Dejo de masticar y, cuando nuestras miradas se encuentran, me arden los oídos. Jennie es una Beckett, de eso no hay duda: una sabelo-todo sin filtro como su hermano mayor, con sus mismos hoyuelos y su sonrisa irritante. Pero mientras que los ojos de Carter son de un verde profundo, los de ella son de un azul suave y frío, casi con un tenue matiz de violeta. Bonitos. O eso dicen.

Trago saliva, dejo el tenedor y me aclaro la garganta, mientras el alcohol que he consumido me empuja a responder algo que normalmente tendría demasiado miedo de decir:

—Si quieres un poco, solo tienes que pedirlo, Baby Beckett.

—No soy una bebé —responde ella, cruzando los brazos en un gesto caprichoso. Eso hace que sus pechos perfectos queden realzados, lo que intensifica aún más el efecto sexual que causa el reluciente vestido de color arándano que lleva.

Borro el pensamiento tan rápido como se forma, preocupado por si Carter tiene un oído supersónico cuando se trata de su hermana, y puede, por ejemplo... escuchar mis pensamientos o alguna de esas cosas locas. Lo he visto pelear en el hielo suficientes veces para saber que no quiero ser el receptor de su ira. Me gusta mi cara tal como es, no necesito ningún retoque.

Adam aparta su plato cuando voy a buscar otro trozo de pastel.

—Eh, es mi pastel. —Ignora mi cara haciendo pucheros y se lo ofrece a Jennie—. ¿Quieres?

Se me escapa un jadeo y me quedo boquiabierto.

—Garrett, cariño. —Holly me pone una mano sobre el hombro—. ¿Dónde está tu cita?

El calor me sofoca tanto que noto como si unas garras apretaran mi garganta.

—No he traído ninguna chica —murmuro. Tenía algunas opciones, pero preferí no darle a nadie una idea equivocada. Creo que las bodas son algo especial.

—¿Por qué no? Eres un hombre muy guapo, cariño.

Me rasco la cabeza y bajo la mirada hacia mi plato vacío.

—Gracias, señora Beckett. —Entrecierro los ojos para mirar a Jennie, que lanza un resoplido—. ¿Y tu cita, Baby Beckett?

—No estoy saliendo con nadie y no tengo ningún deseo de hacerlo. Holly suspira y se deja caer a mi lado.

—Por el amor de Dios, Jennie, acabo de solucionar el problema de lo que cariñosamente llamo «mi hijo». Por favor, no te conviertas en el nuevo problema. —Holly se gira hacia mí y me mira con los ojos brillantes—. Mira, si tú no estás saliendo con nadie y ella no está saliendo con nadie...

Cara y Emmett se apoyan sobre la mesa al mismo tiempo, partiéndose de la risa.

—No —dice Cara con la voz entrecortada, secándose las lágrimas que corren por sus mejillas—. Por todos los cielos, ¿se lo imaginan? Holly, Garrett nos cae bien. No queremos que muera. Carter lo mataría.

—¿Y qué hay de ti, Adam? —Holly le sonríe—. Eres tan dulce. A Carter jamás se le ocurriría matarte.

Jennie lanza los brazos al aire.

—¡Mamá! ¿Puedes dejar de intentar «colocarme» como si fueras un proxeneta? Y para tu información, no me interesa salir con ninguno de estos fracasados. —Le da unas palmaditas en la mano a Adam—. Lo siento, Adam. Tú no eres para nada un fracasado. —Una mueca se dibuja en la comisura de su boca cuando me mira. Se detiene en mi clavícula, donde la corbata cuelga floja. También llevo los últimos botones de la camisa desabrochados. Sus ojos se posan en los míos y un destello juguetón, o más bien malvado, brilla en ellos.

Quiero fruncir el ceño, pero en lugar de eso termino observando a Jennie con detenimiento: mis ojos recorren el tono rosado de sus pómulos pronunciados y su cabello castaño rizado que cae sobre sus delgados hombros. Es tan sexy que parece de otro planeta. Siempre que está cerca, en lo único que puedo pensar es en cómo sería meternos los dos en un armario, o en doblarla sobre la mesa y...

Me inclino hacia delante con un gruñido y me llevo la mano a la rodilla debajo de la mesa para intentar calmar el dolor del golpe mientras miro con enfado a Adam.

—Eh, ¿qué mierda...? ¿Qué te pasa?

Su voz adopta un tono profundo y aterrador.

—Sabes exactamente qué me pasa. Ya que estás, ¿por qué no le sacas una maldita foto, eh? Así lo tendrás para la eternidad.

Mierda, ¿qué sentido tiene tener ojos si no puedo usarlos para apreciar a una mujer increíblemente sexy? Me gustaría saber la respuesta.

Excepto que Adam tiene razón (como casi siempre). No tengo ninguna intención de acostarme con la hermana menor de uno de mis mejores amigos, así que mantengo mis ojos a raya durante el resto de la noche. Bueno, en realidad, eso no es lo que ocurre, pero al menos lo intento. Lo juro.

No sé bien cómo, pero acabo de pie junto a la barra, mirando cómo se desenvuelve Jennie en la pista de baile. Los gruesos rizos le caen en cascada por la espalda, y sigo la línea del vestido escotado hasta ese trasero redondo y estelar que rebota de un lado a otro al compás de la música. Tiene una cintura estrecha y unas caderas anchas, del tipo que quiero rodear con mis manos y...

—Vamos, invítala a bailar.

—¿Qué?

Miro a Emmett, luego vuelvo a mirar a Jennie y repito:

—¿Qué?

—Parece que estás deseando bailar con ella.

—¿Qué? No, no. —*¿Estoy gritando?*

—¿Por qué gritas?

—No estoy gritando. —*Estoy gritando.*

Emmett arquea una ceja, toma un trago de cerveza y me empuja hacia las chicas que están en la pista de baile. Su mujer me agarra al vuelo y tira de mí hacia ella usándome para impulsarse y dar vueltas más rápidas.

—Vamos, osito Gariñoso. —Cara hace pucheros al tiempo que los brazos de Emmett la rodean, acercándola a su pecho—. Mueve el culo, nene.

—Yo no... Mi culo no... No sé...

—Por Dios. —Jennie me mira con desdén mientras va marcando el compás de la música con sus caderas—. ¿Te falta ritmo, Andersen?

Pone los ojos en blanco cuando parpadeo sin decir palabra, luego entrelaza sus dedos con los míos y me atrae hacia ella. Nuestros cuerpos chocan con entusiasmo y yo empiezo a emanar calor desde mi interior hacia fuera. Cuando ella se da la vuelta y coloca su trasero a centímetros de mi pija, siento que voy a desmayarme.

Sus cálidas manos se deslizan sobre las mías, guiándolas hacia sus caderas, que siguen balanceándose al ritmo de la música y Emmett me guiña un ojo como si yo no hubiera sufrido un cortocircuito en ese mismo momento.

—Mueve esas malditas caderas —gruñe Jennie.

—No sé... No sé cómo.

Sus ojos entrecerrados me miran por encima del hombro. Su mirada se suaviza cuando ve que me sonrojo. Jennie suspira despacio.

—Solo muévete conmigo, Garrett. No es tan difícil ¿Cómo mierda cautivas a tantas mujeres?

—Últimamente la cosa está muy floja —digo sin pensar, y cierro la boca de golpe. Luego vuelvo a abrirla, aunque sin saber por qué—. No han sido tantas... Quiero decir, conocí a una chica la semana pasada en Pittsburgh y casi... —El cuerpo de Jennie se queda quieto bajo mis manos. Me aclaro la garganta.

—Sí, voy a dejar de hablar de mi vida sexual ahora mismo.

—Suenas más bien a falta de vida sexual, machote.

Ni que me hiciera falta el maldito recordatorio. Emmett y Cara se casaron este verano y Carter prácticamente ha estado mentalmente casado con Olivia desde que se conocieron el año pasado, porque la verdad es que ella lo ha mantenido fuera de juego durante un buen tiempo. Adam todavía está bastante hecho mierda desde que hace unos meses descubrió que su novia, con la que tuvo una larga relación, lo había engañado, pero está mil veces mejor sin ella.

Por eso, durante el primer mes y medio de nuestra temporada de hockey, después de los partidos me he estado emborrachando solo con mis compañeros de equipo, unas noches que transcurrían en el hotel rodeado de tipos, engullendo comida basura y jugando a la Xbox, mientras los dominados de mis compañeros de habitación mantenían conversaciones que prácticamente eran sexo telefónico con sus mujeres. Y yo, en sequía total.

Esa debe de ser la única razón por la que en este momento estoy considerando llevar a la hermana menor del capitán del equipo al baño, subirla al tocador y ver de qué color es su ropa interior.

Pero, aparte de ser total y completamente intocable, Jennie también me da un miedo considerable. Es atrevida, segura de sí misma y muy descarada. Me resulta casi imposible quitarle los ojos de encima cuando estamos en un mismo lugar. Excepto cuando ella mira en mi dirección. O cuando el que me mira es Carter.

Como ahora mismo, en el preciso instante en que mis manos se deslizan sobre las caderas de su hermana, hasta llegar a la cintura, sujetándola fuerte. Y mucho más fuerte cuando los ojos de él se posan sobre mí.

—Garrett —gime Jennie—. Me haces daño.

—Garrett. —La voz dura de Carter me provoca un escalofrío de terror. Mi amigo me lanza una mirada penetrante directamente a las manos.

—¡Eh! —Se me escapa una especie de grito, mientras aparto a Jennie

lejos de mí de un empujón—. Yo no la estoy tocando —digo por encima del hombro mientras salgo corriendo de la pista, dejando a Jennie allí en medio, sola. No parece que eso la haya impresionado. Lo que hace es devolverme una mirada casi tan aterradora como la del propio Carter, aunque este ya está haciendo girar a su hermosa novia y a su golden retriever por la pista de baile al mismo tiempo.

Me deslizo por el pasillo, me apoyo contra la pared y me paso las manos por el rostro cansado.

—Necesito coger.

—Puedo ayudarte con eso.

Una bella pelirroja se detiene frente a mí y saca una servilleta y un lápiz labial de su bolso. Presiona la servilleta contra mi pecho y garabatea algo sobre ella.

¿Estoy impresionado por lo fácil que ha resultado o es que simplemente quiero volver a casa y devorar una caja de galletas Pop-Tarts? No estoy seguro, pero cuando veo venir a Jennie caminando por el pasillo, se me dispara la presión arterial.

La pelirroja me mete su número de teléfono en el bolsillo de la camisa y, acercándose a mi mejilla, me susurra:

—Lláname.

El ceño fruncido de disgusto de Jennie es tan aterrador que no puedo apartar la mirada. Pone los ojos en blanco para demostrar su fastidio, se da la vuelta y se dirige al baño, y mis pies la persiguen.

—¡Espera, Jennie! Yo no... No voy a... No iba a...

—No me importa, Garrett. Persigue todas las faldas que quieras. Pero quizá no deberías acostarte con la chica que ha venido con uno de tus compañeros de juego.

—¿Qué? —Miro a la pelirroja y capto un guiño antes de que desaparezca—. No, pero yo... yo... —Agacho la cabeza y me froto la nuca. Me arden las orejas—. No iba a hacer nada.

—Pero la cosa ha estado muy floja últimamente, ¿no? —murmura Jennie, sonriendo. Saca una toallita húmeda de su pequeño bolso

dorado y me la arroja antes de abrir la puerta del baño con la cadera—. Tienes lápiz labial en la mejilla, chico malo.

De alguna manera, logro borrar la marca del beso con la ayuda de Adam, que termina limpiándose la cara, lo que provoca murmullos y risitas de todas las chicas. Cuando Carter y Olivia suben a su limusina al final de la noche, mi euforia se ha desvanecido, tengo los brazos cruzados como si estuvieran permanentemente pegados al pecho y cada palabra que sale de mi boca es un gruñido. Ni siquiera el perro que jadea a mis pies puede animarme en este momento.

No quiero ni saber con qué artimañas ha logrado Carter que le dejaran traer a Dublin al salón, pero no me sorprende. El tipo abre la boca y conquista a todo el mundo. Además, resulta que los golden retrievers se ven muy elegantes con esmoquin.

—¡Ven aquí, Dub! —Jennie lo llama, dándose palmaditas en los muslos—. ¡Hoy te vuelves a casa con tu tía favorita! ¡Sí, sí, mi perrito guapo!

—Eres su única tía.

Ella se cruza de brazos, atrayendo mi mirada hacia su espectacular escote por enésima vez en la noche. Luego miro el movimiento de su cadera izquierda cuando ella se balancea hacia ese lado, lo que hace que se abra la abertura lateral del vestido a la altura del muslo, mostrando unas piernas fenomenales, bien tonificadas.

—Cállate, idiota.

—Deberíamos llamarte «solcito» —refunfuño en voz baja—, por la calidez que todos sienten cuando te ven. Siempre tan agradable y feliz, todos los putos días.

Por Dios, la inconsciencia que me está dando el consumo ingente de alcohol va a acabar conmigo esta noche.

Los ojos azules se estrechan.

—Sube al coche de una puta vez, osito Gari-ñoso.

—Sí, señora.

Me deslizo hacia la parte trasera de la limusina que me espera y

tomo asiento junto a Hank, mientras todos los demás se amontonan detrás de mí.

Hank es un joven de ochenta y cuatro años, uno de los mejores amigos de la familia de Carter, además de una especie de abuelo para Jennie. Es un tipo genial. Solía ser el dueño de Dublin, lo que probablemente explica por qué el perro salta sobre mí golpeándome los testículos para desplomarse en su regazo.

—Hijo de puta —gruño, agarrándome las pelotas.

Hank ríe.

—Esta noche estás recibiendo una verdadera paliza. —Suspira suavemente, satisfecho y feliz—. Qué boda tan hermosa. Olivia estaba preciosa esta noche.

Cara se ríe disimuladamente mientras pasa los dedos por el cabello de Emmett, sentada sobre su regazo. Sospecho que es porque sabe que Hank es ciego desde los quince años, pero nunca deja pasar la oportunidad de halagar a una mujer.

Suspirando, me hundo en el asiento y cierro los ojos, ahogando la discusión sobre la colosal metida de pata de Carter con el anuncio del embarazo. Adam todavía está molesto por haber perdido tanto dinero y Holly está haciendo una lista de nombres para su primer nieto. Carter y Olivia han decidido que no quieren saber el sexo del bebé antes de que nazca. Olivia dice que no quiere pasarse todo el embarazo repitiéndole a Carter que su hijo jamás se llamará Carter júnior si es niño, pero yo creo que más bien se debe a que a Carter le da pánico que pudiese ser una niña. Para él, la negación ha sido casi siempre el mejor remedio.

Cuando llegamos a casa de Holly y Jennie, Dublin está dormido en mi regazo con la nariz metida en la chaqueta de mi traje y la lengua de Cara está hundida en la garganta de Emmett. No oigo más que los ronquidos suaves de Dublin y el intercambio de saliva, acompañado por algún susurro ocasional de Emmett sobre todas las formas en que van a hacerlo esta noche.

Salto por la puerta en el momento en que se abre.

—Ayudaré a Hank a entrar.

Adam también sale disparado a la acera.

—Yo también.

Una vez que Hank está instalado en el dormitorio de invitados, Holly comienza a llenarnos las manos de unas golosinas caseras apenas entramos en la cocina.

—Ya he empezado a hornear cosas ricas para Navidad —dice mientras vuelve a guardar en el congelador una bolsa llena de un manjar celestial en forma de bolas de mantequilla de maní y chocolate—. Estamos apenas en noviembre, así que sí, eso es un problema. —Nos da un beso en las mejillas antes de alejarse por el pasillo—. Esta mamá necesita irse a la cama antes de que se despierte y se dé cuenta de que todo esto no ha sido más que un sueño, y que aún no he conseguido casar a mi hijo con una mujer maravillosa que está dispuesta a tolerarlo durante el resto de su vida.

Adam me empuja y se agarra la entrepierna.

—Tengo que ir a mear. —Se detiene, y su mirada se dirige a Jennie. Se aclara la garganta y se suelta el paquete lentamente, con las mejillas sonrojadas—. Quiero decir, eh... Tengo que... ir al baño.

Con una mirada que se parece a una advertencia, nos deja a Jennie y a mí solos en la cocina. Ella me ignora sin más y se sirve un vaso de agua.

—Este... —Me rasco la cabeza, buscando una forma de aliviar esta tensión incómoda—. Bueno, el clima está agradable, ¿no?

Ella resopla mientras bebe agua, saca otro vaso del armario, lo llena y me lo pone en las manos.

—¿Gracias?

—Hmmm —murmura, y observo cómo su trasero se balancea de un lado a otro cuando comienza a caminar por el pasillo, con un brazo extendido hacia atrás, tratando de bajar esa cremallera que comienza justo encima de la curva de ese trasero espectacular.

Lo intenta sin éxito.

Con un profundo suspiro, hace una pausa y hace repicar sus uñas en el marco de la puerta. Al girar, me encuentra exactamente donde no debería estar: allí plantado, mirándola boquiabierto.

—¿Podrías ayudarme con la cremallera, por favor? Está atascada.
—Gira mostrándome su trasero y yo me quedo congelado donde estoy.

—Eh, sí, claro. Soy bueno con las cremalleras. —¿*Soy bueno con las cremalleras?* ¡Por Dios Santo, qué idiota! Por favor, cállate ya la boca.

—Quizá tengas que dejar el agua.

—¿Qué? —Miro el vaso que tengo en la mano y me río. ¿Por qué suena así mi voz? ¿Qué edad tengo? ¿Veintiséis o doce?—. Ah, sí, claro.
—Apuro el vaso rápidamente, lo dejo y me seco las manos sudorosas en el pantalón.

Cristo, pero qué vestido. Y qué espalda. *Ese bendito culo*. Debería ser ilegal. Definitivamente es ilegal tener mis manos tan cerca de él, eso lo puedo asegurar. Si Carter me viera ahora mismo, nunca más volvería a jugar al hockey profesional. Me faltaría al menos una extremidad necesaria.

No sé cómo abordar esta situación. La cremallera está justo ahí, encima de esa curva, y... ¿debería simplemente hacerlo? Sí, eso es lo que haré. Alcanzo la cremallera, pero luego vacilo.

—Hmmm, solo voy a... —Inclino la cabeza hacia un lado, examino esa delicada cremallera dorada—. Eh... Voy a...

—Por el amor de Dios, Garrett, no es para tanto. Creo que antes se me ha enganchado. Dale un buen tirón y listo.

—Bien. Bueno. Sí.

Tomo la pequeña pestaña de la cremallera entre mis dedos demasiado grandes para esta tarea y pongo la otra mano en su cadera, presionando su cálida piel con el pulgar. Su espalda se arquea ligeramente y la respiración se me queda atascada en algún lugar del pecho ante el sonido ronco que hace con su garganta. Luego ella retrocede hacia mí, más cerca, como si quisiera que su trasero se familiarizase bien con mi paquete.

Ay, Dios, pero, ¿qué está haciendo? No. No, no, no. Lo va a despertar.

Jennie se recoge el cabello con la mano y lo pasa lentamente sobre uno de sus delgados hombros. Sus ojos azul pálido me miran desde debajo de unas pestañas largas y oscuras, y mi mirada sigue su lengua, que se desliza por el labio inferior.

Mierda. Sí. Se ha despertado.

Ahora no, teniente Johnson. ¡Descanso, soldado!

—Garrett.

Mis ojos se dirigen inmediatamente a la mirada penetrante de Adam. Vuelvo al trasero de Jennie, digo, al cierre, y le doy un tirón rápido, liberando la tela.

Luego salgo corriendo de la casa, dando un portazo detrás de mí, con todo el cuerpo hundido en un profundo suspiro mientras me desplomo, agarrándome las rodillas.

Ufff. Eso ha estado muy cerca.

Adam niega con la cabeza y dice entre dientes:

—Por Dios, encuentra a otra. Literalmente, cualquier otra chica.

Está bien. Tiene razón. Eso es exactamente lo que tengo que hacer. Jennie está fuera de mi alcance. Además, apenas la conozco. No tengo que arruinar ninguna amistad, ni la temporada de hockey (ni ninguna de mis extremidades) para acostarme con alguien. Tengo muchas otras opciones.

Eso es lo que me digo a mí mismo media hora después, suspirando mientras presiono una y otra vez el botón del ascensor de mi edificio.

—Señor Andersen —susurra una voz sensual detrás de mí. Es Emily, una de mis vecinas, que se detiene a mi lado. Aparta su cabello castaño claro por encima del hombro, lo que resalta el ligero brillo de sus pómulos mientras me sonrío con esos labios rojo cereza que he devorado alguna que otra vez—. Estás muy guapo esta noche.

Le cedo el paso para que entre en el ascensor y observo su brillante vestido, sus piernas kilométricas y sus tacones negros.

—La boda de mi mejor amigo —explico—. ¿Y tú? Te ves fantástica esta noche.

—Siempre me veo así de bien, y lo sabes. —Emily se apoya contra la baranda, y sus ojos se deslizan sobre mí mientras presiono el botón para que pare en su piso, y luego en el mío.

—Despedida de soltera.

—Parece que todo el mundo se casa, ¿no?

Ella bufa:

—Yo no.

Riendo, me paso una mano por el pelo.

—Yo tampoco.

El ascensor se detiene y Emily camina despacio hacia el pasillo, mirando por encima del hombro mientras evita que las puertas se cierren.

—¿Quieres venir?

No me pasa por alto el tono en que lo dice, y la insinuación flota pesada en el aire.

Agarrando la baranda, miro uno de mis zapatos dar golpecitos contra el suelo de mármol. Mi mirada se eleva hacia el bulto entre mis piernas, que todavía presiona contra la cremallera por haber tenido un trasero en mis manos hace menos de una hora, y me recuerdo por centésima vez que ese trasero está fuera de los límites.

Emily sonrío mientras me enderezo. *A la mierda con todo.*

—Por supuesto.